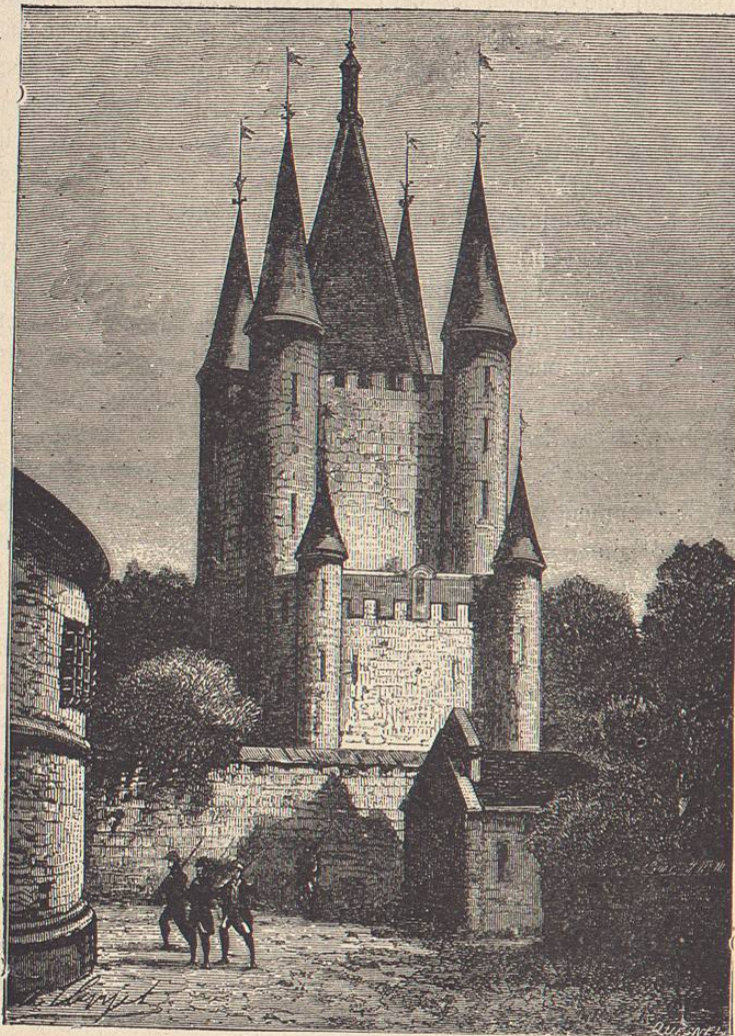


enemigo, aún cuando obrando así arrancaba á Paris los elementos más sanos de todas las secciones.

Estas fueron consultadas para que dijeran si no creían conveniente limpiar las cárceles de enemigos de la revolución. Sólo dos contestaron afirmativamente. Las cuarenta y seis restantes rechazaron con

horror la proposición. Pero tan digna actitud no desarmó á los malvados que tan gran crimen habían imaginado. Danton que lo había concebido y empujado, ahora que había llegado el momento supremo, abandonaba su dirección y dejaba hacer. ¿A quiénes? A los hombres del comité de vigilancia, á Ser-



El Temple

gent y á Panis que para tan grande tarea pidieron á la Comuna permiso para completar su comité con tres miembros más. Pero en vez de tres fueron seis los que les juntaron. Tres que ellos eligieron, miembros de la Comuna, tres que se impusieron por sí mismos, entre estos estaba Marat.

Marat fué desde este momento el director, el jefe, el ejecutor de las sentencias de muerte que el fanatismo político había decretado, y que iba á dar á Paris el espectáculo que siglos antes había dado el fanatismo religioso.

Principió la matanza al ser conducidos del depó-

sito de la Alcaldía—hoy Prefectura de Policía,—á unos veinte sacerdotes á la cárcel de la Abadía. La escolta compuesta de aviñoneses y marseleses dió cuenta de ellos viendo que eran inútiles sus excitaciones para que el pueblo que presenciaba aquella conducción lo hiciera por su cuenta. Todos menos uno perecieron. Este fué el abate Siccard, el sucesor del abate L' Epée, es decir, el segundo profesor que tuvieron los sordo-mudos.

Los asesinos dirigieron de allí á la iglesia de los Carmelitas, depósito de los curas refractarios que debían ser expulsados de Francia. Ciento cincuenta.

eran los que aquí estaban reunidos con el arzobispo de Arles, y los obispos de Saintes y de Beaavais. Todos perecieron.

Cuando Roland tuvo noticia de lo que ocurría,—la matanza principió entre dos y tres de la tarde del 2 de Setiembre—dió inmediatamente orden á

Santerre para que reuniera la guardia nacional y protegiera las cárceles y cargara sobre los asesinos, pero Santerre se limitó sólo á proteger la cárcel del Rey, el Temple, pues á Luís XVI y á su familia no se les consideraba como enemigos de quienes conviniera deshacerse, sino como rehenes para lo que



Elecciones para la Convención nacional

podiera ocurrir. El comité ejecutivo sabedor de todo esto, lanzó una alocución que hizo fijar en las esquinas, declarando que el ministerio había dejado de merecer la confianza de la nación. Esto produjo en todas partes gran confusión, porque la idea de una gran traición siempre fija en la mente de los que en realidad vivían en medio de los mayores peligros, turbaba todas las conciencias en cuanto se lanzaba con alguna autoridad. Así apenas se enteró de ello la sección de la isla de San Luís, envió una diputación de la misma á la Cámara, diputación que presidía un joven que había sido secretario de la Co-

muna hasta el 10 de Agosto. Este joven era Royer-Collard. La Asamblea rechazó indignada la alocución del comité de Vigilancia, pero no hizo más, ni la sección de la Isla de San Luís hizo mayor cosa tampoco. Los asesinatos, por lo inauditos, ejercían ya su efecto tan infernalmente calculado. Paris estaba aterrorizado. Pero el comité retrocedió también de espanto. Había acordado arrestar á Roland, lo que era condenarlo á muerte, pero no se atrevió á prenderlo. Robespierre hizo decretar lo mismo contra Brissot, pero tampoco se llevó á cabo la orden. Sin embargo, se asaltó su casa, se registraron sus

papeles, pero no se encontró nada. ¿Qué se buscaba? La prueba de su complicidad con Brunswick. Los girondinos, decía Robespierre, quieren hacer rey de Francia á Brunswick. A estos absurdos llevaba el cruel resentimiento que guardaba Robespierre de Brissot. Desde este momento su suerte estaba decidida. Estos dos hombres habían de matarse.

La Comuna pedía á la Asamblea qué debía hacer para impedir aquellos crímenes, como si no fuera la Comuna la que tenía la fuerza para impedirlo. Esto le dijo sangrientamente la Asamblea, pero la Comuna se limitó á enviar comisiones de su seno para impedir los excesos que fué lo que hizo la Asamblea, llegando ya de noche la comisión de su seno á la Abadía, huyendo despavorida y desobedecida delante de las horrosas escenas que tuvo que presenciar para ver si podía llenar su cometido. La comisión de la Comuna no pudo tampoco contener los asesinatos, pero Manuel pudo salvar á la hija de Necker, detenida en medio de la calle y á quien no cubría su calidad de embajadora de Suecia. En la Abadía, sin embargo, se procedía á última hora con cierta regularidad. Sergent y Panis dispusieron por decreto que se juzgara á los infelices encerrados en la Abadía, oficiales y clases de los suizos, guardias del rey, sacerdotes y laicos, y fué Maillard quien constituyó el tribunal erigiéndose en su presidente, y en verdad que se hace difícil decidir si Maillard presidía para salvar ó para condenar. Pero es lo cierto que antes que el presidiera no se daba cuartel á nadie, y que desde el momento en que quedó constituido su tribunal hasta el final de tan espantosa tragedia, Maillard concedió la vida á 43 personas, y algunas escaparon cuando todo les indicaba como de las más irremesiblemente perdidas, por ejemplo, un furioso periodista reaccionario á quien salvó Maillard diciendo, que ellos estaban allí para juzgar hechos y no ideas. Fué delante su tribunal, en donde la hija de Sombreuil gobernador de los Inválidos pudo salvar á éste. Fué en la Abadía en donde halló la muerte Montmorin, quien indudablemente no hubiera podido escapar con vida de un tribunal de derecho.

¿Iba la noche á poner término á la matanza? Vana esperanza, hasta el día 4 continuaron los deguellos, sin que las autoridades de París hicieran nada de provecho para impedirlo. Del 4 al 6 los crímenes fueron menores, pero en fin, se continuó matando.

Durante estos días se asesinó á los presos del Chatelet y de la Conserjería. Ya la sangre se había subido á la cabeza de los asesinos á quienes Billaud-

Varenes pagaba y hacía pagar religiosamente su salario, y como faltaban ó escaseaban los prisioneros políticos, los malvados asalariados por el comité de vigilancia, se cebaron igualmente en los reos de delitos comunes, sin distinguir de sexos ni de edades.

Fué en la Force en donde después de haberse encerrado á los reyes en el Temple, fueron encerrados la señora de Tourel, la princesa de Lamballe y varias camaristas de la reina. Era la madrugada del día 3 cuando una cincuenta de asesinos se presentaron en dicha cárcel para ejercer su oficio. La comisión de la Comuna pudo sacar de la cárcel y salvar á todas las señoras, pero no se atrevió á llevarse á la infeliz princesa de Lamballe, y esto que había ido allí con esta intención. Pero en la Force se constituyó como en la Abadía su tribunal de sangre, que presidían dos miembros de la Comuna esta vez, el infame y cínico Hebert, acompañado de Luillier ó de Chepy que no hay seguridad para su acompañante. Luégo si la Comuna ó parte de ella no hubiese tomado parte en los crímenes de aquellos días, nunca mejor ocasión para salvar á los presos de la Force y sobre todo á las mujeres, pero es indudable que Hebert y su infame acólito fueron allí para que no escapase la Lamballe que Manuel creía que quedaría olvidada al salvar las demás mujeres y á la que acudió de nuevo á proteger con Petión, cuando supo que los asesinos estaban allí, estrellándose en vano su autoridad y su elocuencia, pues la princesa fué degollada y ultrajada, y su cabeza puesta en lo alto de una pica fué paseada con infernal alegría por las calles de París, y hasta se llevó al Temple para que la reina pudiera presenciar la suerte que había deparado con sus imprudencias á su infeliz amiga, pues eran, por disposición suya, en estos últimos tiempos, los salones de la Lamballe el punto de reunión de todos los realistas y el centro de todas las conspiraciones, así de los ultras como de los constitucionales.

Ya de día fueron los asesinos á la torre de San Bernardo para matar ladrones, y luégo á San Fermín, en donde se hallaban como en las Carmelitas reunidos varios sacerdotes refractarios para su expulsión. Allí fué de noche un hombre solo provisto de una escalera que apoyó en el huerto de la iglesia y pudo salvar á doce de aquellos infelices, y más hubieran escapado á su triste fin, si hubieran tenido valor para querer salvar su vida con peligro de perderla. Este hombre generoso, era un joven de 20 años, una de las primeras ilustraciones del siglo, quien había de ver premiado su heroísmo por una

expresa condenación de sus obras por la misma Iglesia, cuyos miembros con tan grande exposición de su vida procuraba salvar, este hombre era Geoffray Saint Hilaire.

Ya no quedaban más que las cárceles de la Bicetre, depósito de vagamundos y de malhechores, y la Salpêtrière, depósito de mujeres públicas recogidas allí por sus escándalos. En la primera no quedó nadie con vida. En la segunda, ya cansados de matar, perdonaron la vida á la mayor parte de aquellas desgraciadas para entregarse con ellas á la más infame orgía.

Así terminaron en París aquellos días de tan cruenta memoria, sin que solo podamos citar más que á Brissot y á Roland como los más decididos á hacer que terminara tanta infamia aún á costa de su vida.

Brissot fué el único que se atrevió el mismo día 3 á arrojar toda la tinta de su imprenta al rostro de los asesinos para que quedasen eternamente manchados, pues su *Patriota francés* salió aquel día valiente y digno contra tanta infamia y cobardía. Roland se presentó á la Asamblea, y con su viril y noble energía, le hizo dar un manifiesto al país que dió por resultado prevenir en la mayor parte de las ciudades y pueblos, los crímenes que habían deshonrado á París, y esto se hizo á tiempo, pues á su vez Marat, contando seguramente con la complicidad de la Comuna, escribió lo ocurrido á los departamentos acabando su infame comunicación con la recomendación cruel de que, «sin duda, la nación entera se apresuraría á adoptar ese medio tan necesario para la salvación pública.»

El ejemplo de Roland dió confianza á la comisión de los veintiuno que se atrevió á pedir la prisión de Marat, á quien salvó Danton que se opuso haciendo que á su vez el Comité de vigilancia anulase el orden de prisión lanzada contra Roland, y esta intervención de Danton la agradeció Marat haciendo cuanto pudo para perder á aquél en el empeño interesado ó desinteresado que puso para salvar la vida á Duport preso en provincias; lo que no consiguió Danton hasta que se decidió á cargar resueltamente contra el sanguinario demagogo.

En fin, para no hablar de los crímenes de Setiembre, diremos que los reos que en Orleans esperaban ser juzgados por sus crímenes de lesa nación, fueron trasladados á París siendo todos ellos asesinados en Versalles, pereciendo entre ellos un antiguo ministro de la guerra, y Delessart, para quien hemos de repetir lo dicho á propósito del asesinato de Montmorin, y á cuyos asesinos, Danton salió á

la ventana de su casa á saludar, «no como ministro de la justicia, sino como ministro de la revolución.»

¡Y quién lo creería! En estos mismos días en Francia se estaban llevando á cabo las elecciones para la Convención nacional. París, en donde dominaba el terror, no dió más que diputados jacobinos y cordeleros. Robespierre fué el primero que salió elegido, Desmoulins y Danton también lo fueron, pero con estos recibieron la investidura de representantes de la gran ciudad, Marat, Panis, Sergent, Billaud-Varenes y demás tristes héroes de las jornadas de Setiembre. Los girondinos sólo lograron un diputado. En cambio las elecciones en provincias fueron resueltamente favorables á este partido, y si esto le dió alientos para deshacerse de la Comuna, si ésta quedó abatida; no fué por los arranques autoritarios de la Asamblea, sino por la reprobación que de su programa y de su conducta hacía Francia entera por medio de su cuerpo electoral.

Si la Legislativa al morir quiso con esto hacerse perdonar su falta de valor cívico, no lo ha conseguido de la historia. Jamás Asamblea alguna fué más pusilánime. Monárquica dejó que se proclamase de hecho la república; honesta y honrada dejó que la mancharan de sangre doscientos asesinos. Sin embargo, no le neguemos lo bueno que hizo, ya que de esto habrían luégo de tomar ejemplo las naciones europeas.

Para impedir la repetición de las setembrinas, ordenó que sólo pudiera el Alcalde dar órdenes de arresto; que fuera del caso de flagrante delito no se pudieran registrar de noche los domicilios, autorizando á todo ciudadano que viera violado su domicilio de noche, á defenderse con la fuerza. Y estas disposiciones, garantías de la seguridad individual, se salvaron del naufragio revolucionario, y forman todavía hoy parte del *habeas corpus* francés, y de su práctica citaremos un ejemplo que todos recordaremos cuando llegue la ocasión, y cuyas consecuencias fueron muy duras para el gobierno del último de los Napoleones.

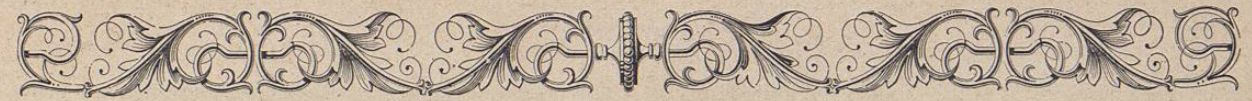
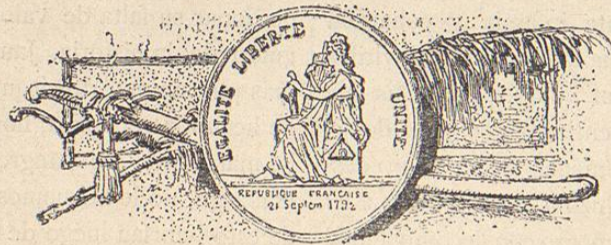
La Legislativa, además, si no abolió la esclavitud la preparó, suprimiendo la prima que se pagaba para fomentar la trata de los negros. Abolió la aristocrática institución de los mayorazgos; suprimió el derecho de primogenitura, y abolió toda deferencia entre hijos legítimos y naturales. Instituyó el registro civil y decretó el divorcio.—13 de Setiembre de 1792.

Dióse la Convención por constituida el 21 de Setiembre, y su primer acto fué declarar, por boca de

Couthon, que se opondría con todas sus fuerzas á toda tentativa contraria á la soberanía nacional, y esto dijo y propuso Couthon para que se alejara de todos la sospecha de querer Robespierre, su amigo, constituir un triunvirato con Danton y Marat. Esto hecho, la Asamblea, á petición del obispo Gregoire,

decretó abolida la monarquía en Francia, y que en lo sucesivo todos los documentos públicos se contasen del año I de la República francesa.

Al otro día se recibía en París la noticia de la gloriosa batalla de Valmy. Saludo del ejército que tenía ya una bandera para marchar contra el enemigo.



## CAPITULO XVII

### GUERRA DE LA REVOLUCIÓN

Ilusiones de los emigrados.—Bouillé.—Indiferencia que inspiran.—Ordena el rey de Prusia que continúe el avance.—Dumouriez y Dillon ante el enemigo.—Envíales Servan á Beurnonville, Duval y Kellermann.—Pasan los aliados los desfiladeros de la Argonne.—Terror pánico del ejército francés.—Beurnonville es arrastrado por la desbandada.—Reconcéntrase el ejército francés en Sainte-Menehould.—Amenázales Brunswick.—Aparece Kellermann en Valmy.—Su comprometida situación.—Es acometido.—El cañoneo de Valmy.—Consecuencias de este combate.—Proféticas palabras de Goethe.—Abre Dumouriez negociaciones para la paz con el rey de Prusia.—Apóyalas Brunswick.—Condiciones del rey de Prusia.—Recibe Dumouriez la noticia de haberse proclamado la República: persiste en sus propósitos: cómo se le debe juzgar.—Divúlganse las negociaciones.—Servan y Danton las prosiguen.—Rómpense las negociaciones por consejo de Luchessini.—Nuevo manifiesto de Brunswick.—Entrada de Custine en las provincias alemanas del Rin.—Se apodera de Spira.—30 de Setiembre de 1792.—Neuwinger entra en Worms.—Apodérase Custine de Maguncia: 20 de Octubre.—Entra Neuwinger en Francfort.—Marcha adelante.—Se le oponen los hessenses.—Paralízase el movimiento de avance.—Agitación patriótica y terror pánico de los alemanes.—Ilusiones que producen estos triunfos en París.—Dumouriez y Kellermann piden la paz general.—Cortos alcances políticos de Kellermann.—Retírase el ejército prusiano de la Champaña.—Cómo se engañaba á Westermann.—Todos los generales negocian la paz.—Dumouriez marcha á París.—Entéranse los austríacos de las negociaciones gracias á la simplicidad de Kellermann.—Retíranse los austríacos á Bélgica.—Brunswick abandona á Verdun.—Retíranse los hessenses á Alemania para oponerse á Custine.—Recuperan los franceses á Longwy: 22 de Octubre.—Cambio de política en Viena.—Renúévase la cuestión de Anspach-Bayreuth.—Prohibe Dumouriez á sus generales que tengan trato alguno con el enemigo.—El general Valence y Luchessini.—Formaliza Prusia su política ante Austria.—El partido francés y los agentes franceses en Italia.—Los agentes franceses en Saboya y Ginebra.—Barthelemy en Berna y Zurich.—Montesquiou y el príncipe alemán Enrique de Hesse.—Entra Montesquiou en Saboya.—Preparativos de defensa en Ginebra.—Anselme entra en Niza.—Cuestiones entre Montesquiou y Anselme.—Niégase Montesquiou á obedecer al gobierno.—Se pasa á Ginebra.—Resultados de la campaña.



A hemos dicho que los aliados penetraban en Francia confiados en un alzamiento popular, y justo es decir, que este alzamiento lo esperaban de buena fe gran parte de los emigrados y sus jefes más autorizados. Bouillé, un hombre serio, repetía con toda seguridad á cuantos querían oírsele que él respondía de la toma de las fortalezas, pues, decía, tengo de ellas las llaves en el bolsillo, y si se descuidó las de Thionville, Longwy y Verdun prueban que no era Bouillé un pe-

tulante. Pero si las fortalezas y las plazas fuertes se rendían con facilidad, lo que es el alzamiento popular esto ya era otra cosa. Fuera de unos cuantos ultras que daban rienda suelta á sus pasiones en las ciudades que se conquistaban, nadie se movía, ni nadie, aún de los que más simpatizaban, mostraban el menor interés, por los restauradores del trono. Todo el mundo recelaba del extranjero. Esto fué lo que indujo á Brunswick á declarar al rey de Prusia que seguía el ejército, que no quería ir más allá de